III.

mandiezt darla media amidea par verle mailus à ca cer g. .

Al aspecto de Donnor de Ardagh con su negro y derrotado vestido, el primer movimiento de los handidos reunidos en lo sala de rookery fué de risa; pero el honrado semblante del pobre que inspiraba interes, y las palabras de Snail, contuvieron las carcajadas prontas a romper.

-¡Ah! ¿ese es tu padre? dijo Tom quitándose el sombrero. ¡Diablo!....

El grueso Charlic y el otro jugador hicieron una señal amistosa con la cabeza.

—Si, es mi padre, contestò Snail, mi escelente padre, que viene a beber con nosotros [pardiez]

Donnor continuó con paso precipitado hasta llegar a un banco, donde se dejó caer rendido de fatiga, y empezó a limpiarse con las manos el sudor de su frente.

-¡Quereis beber, padre? le preguntó Snail; os presento estos tres gentlemen, que son mis amigos y camaradas.

Los tres gentlemen saludaron cortesmente.

—Si mi muger Madge estuviera aquí, prosiguió con gravedad Snail, os la presentaria, daddy.

Dannor no respondió y se quedó mirando a su hijo con muda sorpresa. El tono de Snail fué respetuoso desde el principio de esta escena. El bribonzuelo habia llegado a ese punto en que pueden decirse tales impertinencias con la mejor fé del mundo.

-No tengo sed, dijo al fin el irlandes haciendo un esfuerzo; teneis un trage hermoso, Snail.

—Si, daddy....no estoy descontento de mi sastre... creo que mi vestido es el de las personas de rango.

-Pobre Nell! murmuró Donnor.

Snail no lo oyó, pero aunque hubiese oido esta esclamacion, no habria comprendido el amargo dolor que encerraba el recuerdo evocado de una casta esposa ante la depravacion de un hijo.

—Daddy, continuó Snail con el tono de buena amistad que tomaria un hijo honradamente enriquecido delante de su padre que hubiese permanecido pobre; no os cuidais a lo que se ve, porque estais flaco como un para rayos, daddy....¿No es verdad, Tom....¡Que diablos! vos me hareis pasar per un mal hijo!

—Dejemos eso, Snail, contestó Doonor con una gravedad llena de tristeza; no he venido aquí para ocuparme de mi....; Dónde está tu hermana Loo?

—¡Loo!.... ¡pardiez! ahora me acuerdo, daddy, teneis razon.... ya le dije que viniera a saludaros como está en el órden.... Acaso estará ébria.... pero esto no le hace.... es necesario que humedezca su delicado pecho.... mas ¿dónde diablos está? añadió recorriendo la sala con la vista.

Loo habia desaparecido.

Hè aquí una cosa mal hecha, continuó Snail con seriedad; escuchad, mi amigo Tom, nunca hubiera creido esto de mi hermana Loo....¡Que diablo! es necesario saber un poco conducirse....¡Loo! ¡hermana mia!

—Bastante, Snail, dijo el irlandes, te hablaré a tí solo.

—No, daddy, de ningun modo, es preciso que Loo sepa cómo debe trataros.... Es la hermana de un gentleman y no debe obrar como una muchacha cualquiera...
¡Leo! ¡hermana mia!

En esto se oyó el ruido sofocado de una tos convulsiva que trataban de reprimir.

—¡Ah! me lo pensaba....ha caido en algun rincon.... Si ha sucedido así, daddy, ya veis que no hay nada que decir.... cuando uno está èbrio....

Esa tos es horrible, murmuró Donnor, que se habia levantado.

Es mala tos, daddy; pero se calma con la ginebraMirad, allí se ve un pedazo de su vestido.

Dirigiose a aquella parte Snail y tiro del brazo de Loo, que estaba detras de una especie de armario.

La pobre jóven hacia resistencia porque el embrutecimiento de sus facultades intelectuales habia impedido al veneno del ejemplo que obrara tan eficazmente en ella como en su hermano Snail, pues aun tenia vergüenza de presentarse ante su padre, a quien amaba.

Esta era la razon por qué se habia escondido.

Snail la sacó a la fuerza de detras del armario y la llevó delante de su padre, diciendo:

—Vamos, Loo, con mil diablos, hermana mia, no hagas nifiadas y saluda a nuestro padre.

La jóven, confusa, se puso las manos sobre sus húmedos ojos.

-¡Padre!.... ¡Oh, padre!.... murmuró llorando.

Donnor estaba sumamente afectado: la vista de aquella toilette característica, de aquellos oropeles de infamia, la vista de aquel color facticio sobre unas mejillas pàlidas, a cuyos juanetes la ginebra y la consuncion habian hecho salir una pequeña gota de sangre; la contemplacion de aquel pecho hundido y convulsivamente agitado, todo esto le quebraba el corazon.

El dedo de la muerte señalaba a esta niña adornada para la orgía: la infeliz se fatigaba entre sus lágrimas, y su contenida tos hacia asomar a sus descoloridos lábios una saliva rojiza.

-¡Y sin embargo, d'jo entre si Donnor, se parecia en otro tiempo a Nell! ¡Pobre Nell, bien hiciste en morir!

Loo continuaba inmóbil ante su padre, cubriéndose los ojos con las manos. Donnor la diò un beso en la frente, alzando al cielo su triste mirada.

-¡Dios se compadezca de tí, hija mia! dijo el pobre irlandes.

—¡Oh! murmuró Loo, yo os amo, daddy.... y lloro cuando pienso en vos.... pero necesito ginebra para apagar el fuego que me devora por dentro.

Al decir esto se oprimia el pecho con ambas manos.

-Fuego, continuó, fuego siempre.... ¡Si supiérais, daddy, cuán grato me seria morir!

Donnor hizo un gesto de muda desesperacion.

-¡Rayo! dijo el graeso Charlic, esto empieza a fastidiarme.

Ese vestido negro da tristeza verdaderamente, replico Tom Turnbull, pero callad, pues tiene traza de ser un escelente hombre. —¡Oh! daddy, esclamò entretanto Snail, me haceis llorar como un niño.... Un gentleman no debe llorar, ¡qué dianche! y por otra parte, he dado mi pañuelo de batista a mi linda Madge.... Vamos, daddy, y tú, Loo, basta de lamentaciones por este estilo.... ¡Viva el placer!....

Snail terminó esta elocuente arenga con un ahullido formidable, que hizo levantarse a todos los personages presentes. A pesar de sus pretensiones al título de gentleman, encantado del efecto que habia producido, iba a repetir; pero una mirada de su padre le contuvo.

-No se puede reir con vos, daddy, murmuró.

-Tengo que hablar contigo, Snail, dijo con dulzura Donnor, acordándose del motivo de su visita.

— ¿Hablarme, daddy?... ¡en particular quizâ? Algun secreto de familia que mi padre quiere confiarme añadió volviéndose a sus camaradas. Sabed que soy el hijo mayor... ¡el presunto heredero!

-Haced vuestros negocios, señor Snail, dijo con gravedad Tom Turnbull.

-Vuelvo en seguida a continuar el juego, continuò el hijo del irlandes, y dirigiéndose a su padre:

-Soy vuestro, daddy, le dijo.

Donnor condujo a sus hijos al otro estremo de la sala y se sentò entre ellos.

Turnbull se puso a barajar.

—Lo cierto es, dijo este, que si yo fuera el padre de semejantes hijos, y hombre honrado por casualidad, los aplastaria el uno contra el otro.

Bah! murmuró Charlic, a Loo no le quedan quince dias de vida, y Snail no tardará mucho en subir a la horca.... de forma que te ahorrarias ese trabajo, Turnbull.

Pasaronse tres dias. El pobre Donnor de Ardagh habia ofrecido ligeramente, en su entusiasmado celo, mas de lo que podia cumplir.

Snail no sabia nada ni tenia medio de conseguirlo, a pesar de su inteligencia, que realmente era muy precez. En efecto, la gran Familia no se guardaba de confiar sus secretos a sus agentes subalternos, y Snail jurò a fé de hombre, que antes de veinticuatro horas daria razon a se padre. Presuntuoso, vano, y por otra parte no careciendo de cierta voluntad, trató de hacerlo acaso, mas no pudo lograrlo.

Al cabo de estos tres dias ann no tenia Estevan el menor indicio que pudiera indicarle el paradero de las jóvenes: solo sabia que no habian caido bajo los golpes de los asesinos de la Resurreccion, y esto era un consuelo negativo, un pretesto de esperanza, un estímulo para continuar sin descanso las investigaciones.

Donnor de Ardagh se multiplicaba: su ardiente celo le daba fuerzas, y en tanto que duraba el dia no paraba un instante de correr para informarse y espiar por todas partes: llegada la noche daba cuenta a Estevan de los esfuerzos que habia hecho en el dia, y como estos esfuerzos habian sido en balde, se quejaba amargamente de su impotencia.

Acaso en el mundo entero no hay dos pueblos tan diferentes uno de otro como lo son el ingles y el irlandes: tan graves como son los primeros, pues que llegan a hacerse ridículos, reservados hasta la frialdad, engreidos hasta ese egoismo que va unido a su nombre en ambos mundos, a manera de locucion proverbial; tanto son los otros de fácil amistad, comunicativos, solícitos, serviciales y prontos siempre a ponerse a la disposicion de otro.

Verdad es que estas cualidades apreciables van acom-

pañadas en el irlandes de una especie de loca ecsageracion; él habla de meter sus manos en el fuego por un amigo de un dia, y os lanza a la cara, al cuarto de hora de conoceros, el ràpido ofrecimiento de su bolsillo y corazon.

Puede aceptarse su corazon, que es bueno aunque voluble, aturdido y olvidadizo.

Pero desafiamos a cualquiera para que tome su bolsillo, y esto sea dicho sin ofenderle, porque si le tuviera, creemos sinceramente que lo abriria con la mejor voluntad.

El ingles, por el contrario, tiene siempre un bolsillo; pero no lo abre como no sea para prodigar de repente, en un dia que le da la idea, su renta entera de dos años con el ruidoso fansto de una ostentación grosera y brutal. Si el Times insertara en sus interminables columnas los nombres de las personas caritativas, se arruinarian los ingleses dando limosnas.

Tambien son aficionados a las asociaciones de beneficencia en que la limosna se hace con grande ruido, y donde cada cual tiene el derecho de firmar su ofrenda.

No habrá muchos ingleses en 'el reino de los cielos.

El ingles es leal comerciante; su palabra vale tanto como su firma, que es buena y jamas se compromete a la ligera. El irlandes no sigue por desgracia este método. Si hace hace un comercio, lo que es raro, engaña al mas lince, promete sin cumplir y deja protestar sus letras.

Pero el ingles, fuera del comercio, queda siempre traficante: hasta los locres son usureros.

El irlandes, por el contrario, sabe ser hombre, teniendo todos los sentimientos generosos: ama con entusiasmo, y cuando su reconocimiento llega a atravesar la atmósfera del olvido y del aturdimiento en que nada su infantil corazon, se reviste de todos los caracteres de la pasion. Si el ingles consiguiera el fin de sus deseos, que es dominar el mundo, pronto se moriria de spleen el universo! Si la Irlanda llegara a ser una nacion, y se pusiera a la cabeza de las demas ¡qué alegres meetings se verian por todas partes? Nueva York brindaria con Berlin, Canton con Paris, y la polka se bailaria sobre toda la superficie del globo.

Se sabe la inicua conducta de la Inglaterra con Irlanda, Esta cuenta se ajustará algun dia. Daniel O' Conell tiene ya harto trabajo en impedir que muerdan las largos dientes de la Irlanda, afilados por un ayuno de dos siglos.

Entre tanto lo que merece notarse es el odio implaca. ble del ingles protestante contra el irlandes católico: se diria que los primeros presienten el prócsimo fin de su detestable y usurera tiranía; porque cuando el verdugo desciende al odio, es señal del gran temor que tiene a su víctima.

En cuanto al desprecio sistemático de que ha hecho alarde mncho tiempo la metrópoli, los mismos acontecimientos han hecho justicia.

Donnor de Ardagh era un verdadero irlandes, mas los defectos particulares de su raza estaban mitigados en él por una especie de melancolta natural: no puede decirse que estuviera enteramente escento de aquellos, y acaso habia mostrado en su vida, mas de una vez la olvidadiza versatilidad del carácter nacional. Pero en esta ocasion le habia sacado la mano de su bien hechor de angustia tan profunda! Se le habia dado la vida de limosna, y en seguida su gratitud escitada con ardor, se veia enfrente de nna desgracia. Su reconocimiento no tuvo tiempo para enfriarse: dèbil como se encontraba Donnor, trabajó

como un hombre fuerte, y una vez comenzada la obra, la continuó sin cansarse.

Doonor pertenecia ya a Estevan mas completamente que si el jóven médico hubiera aceptado la fantástica compra propuesta a la puerta de Bishop, en Worship-Street.

Por desgracia el poder del pobre irlandes estaba lejos de ser tan grande como su celo.

Estevan luchaba con su calmada energía contra la tristeza que se apoderaba de él. Enferma su madre, de resultas del horrible golpe que habia sufrido de improviso, cayó en cama, y Mac-Nab dividia el tiempo que le dejaban sus activas investigaciones, entre la cabecera de la anciana señora y la de su amigo Frank Perceval.

Este último se hallaba en su convalecencia, y el viejo Jack se deleitaba en probar el afecto que tenia a su jóven señor.

—El otro, decia el criado hablando solo, desmentirá la divisa del gran escudo.... hermosa divisa, sin embargo: ¡Mors ferro nostra mors!.... pero poco agradable de poner en accion.... Nosotros hemos logrado sacar de allí a Su Honor, gracias a Dios, que no es poca fortuna. Desde la noche de la velada que precedió a la fatal noticia, noche en que el monólogo de Estevan, atormentado por sus zelosos recuerdos, se había encontrado de un modo tan estraordinario con el sueño de Perceval, el jóven médico no había tenido tiempo de hablar con su amigo. Sus visitas, en los tres dias, solo habían sido cortas apariciones en que se apresuraba a ejecutar su profesion de médico, para escaparse en seguida a empezar de nuevo su peuosa tarea.

No habia o vidado, sin embargo, su designio de interrogar a Perceval: léjes de esto se habia aumentado su deseo con las funestas circunstancias ocurridas, porque el raptor de las dos hermanas se ligaba para él, aunque vagamente y de un modo que no podía definir, con el motivo de sus sombrías meditaciones de la noche de vela.

Muchas veces habia pensado, durante los tres dias, que el desconocido de Temple-Curch tenia parte en el rapto.

Esta idea no podia sostenerse, sin embargo, ante un maduro razonamiento, porque la conducta de Eduardo durante la noche que habia servido de prólogo a las desgracias de Estevan, probaba claramente que no conocia a las dos hermanas. Y por otra parte, aun admitiendo que las conociese, ¿para qué robar las dos jóvenes? Los ladrones de su porte se contentan con una presa a la vez, y no son tan previsores que quieran formarse una reserva de queridas.

Pero por mas que Estevan se repitiera todas estas cosas, concluía por no convencerse de nada. Habia tomado el partido de odiar al elegante desconocido de Temple-Church, y los escoceses son tan obstinados casicomo los galos....

La tarde del tercer dia se separó de su madre al oscurecer y se dirigiò a Dudley-House, resuelto a tratar de descubrir lo que podia haber de comun entre el sueño de Perceval y su preocupacion.

La estraña conecsion del sueño con sus meditaciones podia no ser mas que una casualidad.... pero....

Pero, en definitiva, podrian esplicarse todas las cosas con la palabra casualidad sin que por eso dejasen de ser muy mal esplicadas.

—Y bien, amigo mio, esclamó Perceval al entrar Estevan en su habitacion, ¿ né noticias tenemos hoy?

—: Ningunal contestó trist o mente Estevan.

—¡Pobre Mac-Nab! cuánto me alegraria estar en pié para poder ayudaros en vuestras investigaciones.... ¡Ah! ¡cada instante que pasa me parece mayor el mal que me ha hecho este marques de Rio Santo!.... Creeis que podré levantarme mañana.

Estevan le tomó el pulso y ecsaminó.

—Puede ser, dijo en seguida, os hallais mejor, Perceval: ahora no hay ya peligro de haceros hablar.... y tengo importantes preguntas que haceros.

-¡Preguntas? repitió Frank admirado; estoy pronto a contestaros... pero ¿qué teneis que preguntarme que necesite un preámbulo tan solemne?

Estevan procuró sonreirse.

—¡Dios mio! dijo, mi tristeza se deja ver en todas mis acciones y palabras, Frank... mas lo que tengo que preguntaros nada tiene de solemne.... Al contrario, se trata de una circunstancia fútil y que toma todo su interes de un recuerdo terrible, el asesinato de mi padre, que una ocurrencia reciente ha venido a despertar en mí. He aquí el asunto, Perceval.

Estevan contó en pocas palabras sus sombrías meditaciones, miéntras velaba a la cabecera de su amigo herido: habló de sus zelos, del desconocido de Temple-Church y de la semejanza de éste con el asesino de su padre.

—Una cosa faltaba a esta semejanza, Frank, añadió el médico; una cosa en que no podia yo caer.... pero vos que soñábais, pusisteis fin a mi incertidumbre.

-¿Cómo, pues? dijo Frank.

—Yo buscaba la seña!, la cosa que faltaba a ese hombre para parecerse enteramente al asesino.... y vos la habeis pronunciado....

-¡Ah! esclamò Perceval con negligencia.

-Vos dijisteis: la cicatriz.

-¡La cicatriz!.... repitió Frank, poniéndese pálido é incorporándose.

-Despues describísteis esa cicatriz....

—¡Ah! esclamó de nuevo Perceval; pero esta vez no fuè con negligencia; y decidme ¿pronuncié el nombre de Rio Santo?

-No, contestó Estevan, admirándose a su turno; ¿luego sabeis lo que quiero decir?

Frank volvió la cabeza hácia el retrato de miss Harriet Perceval, que alnubraban confusamente los últimos rayos de la luz del dia.

—Sí, Estevan. ¡Oh! sí, murmuró con una emocion dolorosa; sé lo que quereis decir.... ¡Pobre hermana!... Este sueño me viene a menudo.... ¡y es un sueño bien horrible!